



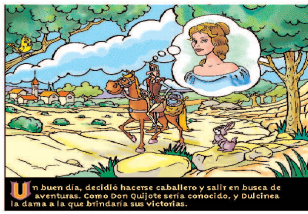
(Historia del Quijote con imágenes ordenadas y la leyenda correspondiente debajo de ellas)

DISPONEMOS DE:

- Una ilustración índice de todas las imágenes del Quijote ordenadas con su leyenda.
- Además de otras 4 ilustraciones con imágenes más grandes, que son las que utilizaremos para recortar.
- Tijeras, barra de pegar, rotuladores, ceras, lápices de colores, papel de envolver y cinta adhesiva.

TENEMOS QUE CONFECCIONAR UN AUCA DEL QUIJOTE EN UN MURAL:

- Organizar tareas por grupos: recortar imágenes y papel, pegar las imágenes en el papel, escribir las leyendas.
- Confeccionar un mural pegando por orden las imágenes recortadas de las 4 últimas ilustraciones en el papel y ; escribiendo las leyendas a vuestra manera. Finalmente lo colocaremos en la pared de la clase con cinta adhesiva.



En un lugar de la montaña de cuyo nombre no quiero acordarme, vivía un viejo hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor... Don Alonso Quijano.

Un buen día, decidió hacerse caballero y salir en busca de aventuras, como Don Quijote sería conocido, y Dulcinea, la dama a la que brindaba sus victorias.

Según los usos de la caballería andante, velaría las armas durante toda la noche.

Después de tanto jaleo; no tuvo más remedio el ventero que armarle caballero.

Eacompañaba Sancho Panza, hombre de bien, pero de poca sal en la mollera. Al que había seducido prometiéndole el gobierno de unaínsula, a cambio de sus servicios como escudero.

Cabalgando, se toparon con unos molinos. En ellos, Don Quijote creyó ver a gigantes amenazantes.

Don Quijote, ya curado, decide dejar la venta.

El ventero le exige sus honorarios por el hospedaje. "Los caballeros andantes no pagan", le respondió. "Eres dilo, hijo espúta a Recitrante. Pero no cortiendo el ventero, lo paga con el pobre sancho."

Se recuperó Sancho como pudo, y fue a buscar a su señor. Una vez juntos, se encontraron con una comitiva de escabaldos, que custodiaban un festín.

Se cruzó con ellos un barbero. Este llevaba una bacía sobre la cabeza, para resguardarse de la lluvia.

Se cruzó con ellos un barbero. Este llevaba una bacía sobre la cabeza, para resguardarse de la lluvia. Al verla, Don Quijote...

Mientras la noche, se refugió en una cueva. Allí cenaron abundantemente y se echaron a dormir. Entre sueños y pesadillas se levanta el hidalgo creyendo estar en el trono de Micomicon, luchando con un gigante.

Después de la aventura, mandaron en su busca a Sansón Comensal. Este, disfrazado del Caballero de los rayos, intentó seducir al hidalgo para que dejara las armas y volviese junto a los suyos.

Encontráronse, esta vez, con una carreta en la que viajaban dos leones. Regalo que el General de Orán brindaba a la Corte.

Junto le habían hablado a Don Quijote de la cueva de Montesinos, que decidió adentrarse en ella.

Al sucumbió en un profundo sueño, del que despertó en mitad de un prado de fantasía.

Junto a él apareció el propio Montesinos, que había sido encantado y obligado a vivir en aquella cueva. Le contó fantásticas aventuras.

Entra días, las de Durandarte, que yacía sobre un sepulcro de alabastro, presa de los encantamientos del mago Meliflor.

En una venta coincidieron con Masé Pedro, un famoso fibrero, el cual los obsequió con la representación de Meliflor y Don Quijote.

Posiguieron su camino y llegaron hasta la ribera del famoso Ebro.

Al encontraron una bacía que les llevaría a una fantástica aventura, pensó Don Quijote pero pronto perdieron el control y la corriente los llevó hacia la rueda de un molino. Al verlo, los molineros acudieron en su ayuda.

Llegaron al castillo de unos duques, que conocedores de sus aventuras, pensaron bastante del hidalgo y su escudero.

Al fueron tratados a gusto de tres grandes banquetes y mil y una senciencias. Hasta que comenzó la fiesta...

Una mañana apareció la condesa de Trifaldí, reclamando la ayuda de Don Quijote. Este debía deshacer el encantamiento que sufría el Reino de Candaya, a manos del gigante Malandrino.

Para ello volaría hasta Candaya en clavelino, el caballo volador. Con la ayuda del viento, les vendaron los ojos, y así, no descubrieron la burla.

Tras la valiente hazaña, decidió el Duque entregar a Sancho, en nombre de Don Quijote, su deseadaínsula.

Al insula de Barataría tenía nuevo Gobernador, que administraba Justicia de manera salomónica y hacia reinar la paz. Hasta que llegaron noticias de un posible complot y una próxima invasión.

Sancho veía pasar por delante de sus narices deliciosos manjares, sin poderles hincar un diente.

Sancho estaba ya más harto de jugar platos, dírmitr contentadas y hacer estatuas que de comer pan y beber vino.

Descansaban felizmente, cuando apareció un jinete a toda prisa. Este les advirtió que venía una manada de toros bravos, y les pidió por favor, que se apartasen.

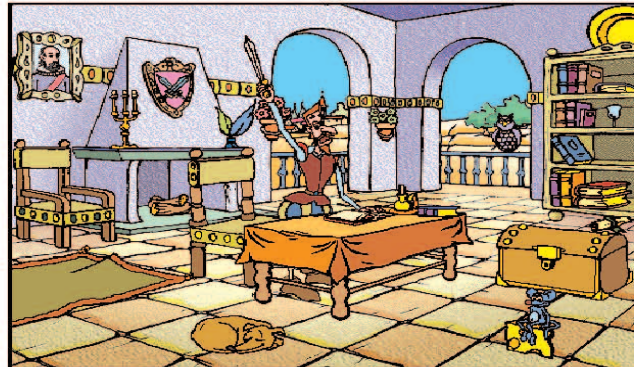
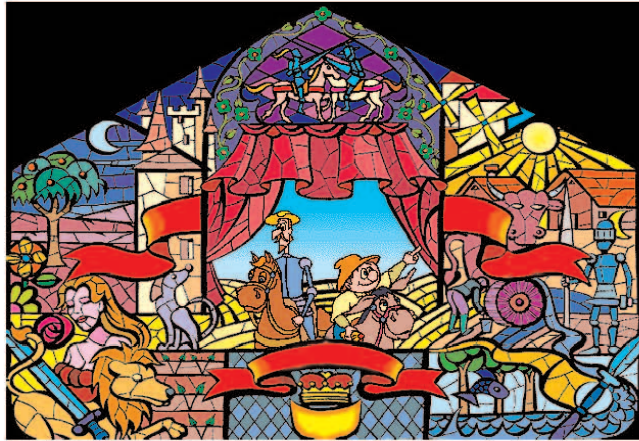
Entre aventuras, encantamientos, desafíos y fatigas, consiguieron llegar hasta Barcelona. Allí iba a tener lugar una concentración de caballeros andantes.

Arrillas del mar se cruzaron con el Caballero de la Blanca Luna. No era otro que Sansón Comensal, que enviado por la sobrina, el ama de Don Quijote, debía obligarle a volver junto a los suyos.

En su pueblo, fueron recibidos como auténticos héroes. Llegar hasta Barcelona. Allí iba a tener lugar una concentración de caballeros andantes. El ama de Don Quijote, debía obligarle a volver junto a los suyos, en el alma de Don Quijote.

Poco a poco, la melancolía se fue apoderando de él, llegando hasta enfermarse. Había recordado la comida y era consciente de que se estaba muriendo.

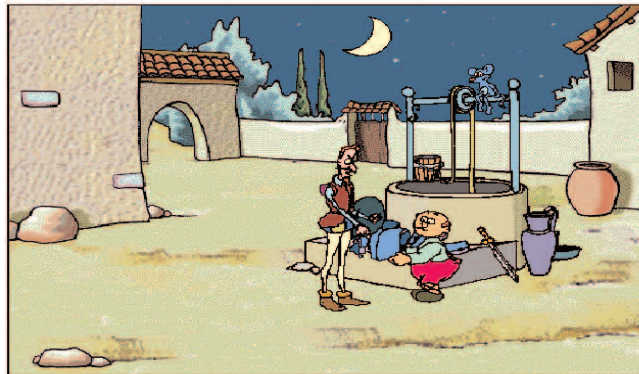
Y así fue como Don Alonso Quijano, aquí, a quien sus costumbreros habían dado renombre de bueno, dejó el mundo terrenal para ir a buscar nuevas aventuras en el cielo, junto a las estrellas.



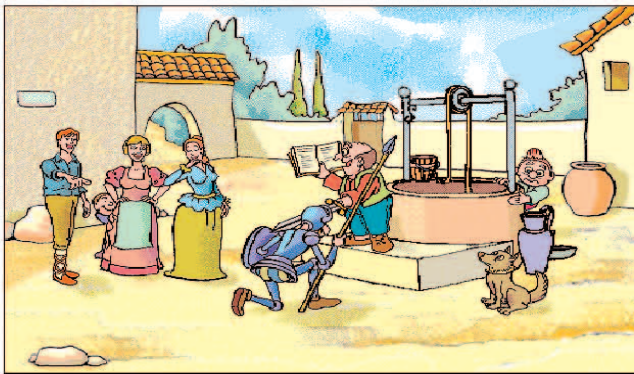
En un lugar de La Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme, vivía un viejo hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor... Don Alonso Quijano.



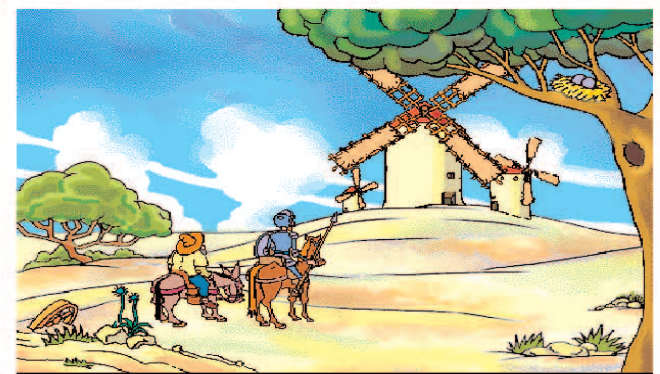
Un buen día, decidió hacerse caballero y salir en busca de aventuras. Como Don Quijote sería conocido, y Dulcinea la dama a la que brindaría sus victorias.



Según los usos de la caballería andante, velaría las armas durante toda la noche.



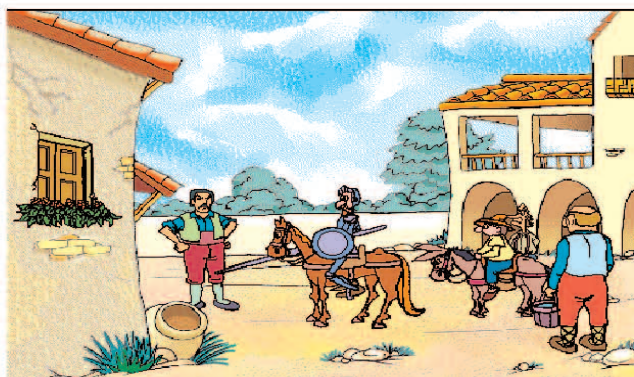
Después de tanto jaleo; no tuvo más remedio el ventero que armarle caballero.



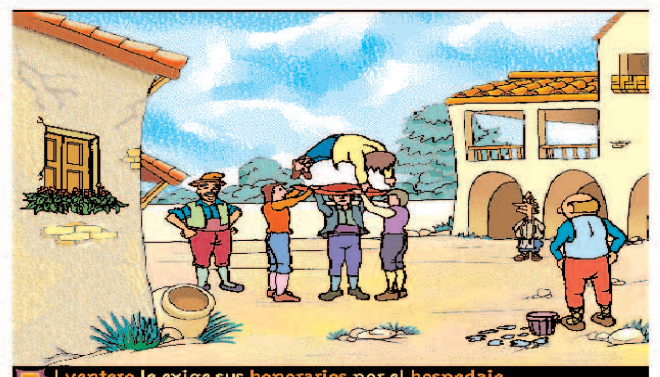
Le acompañaba Sancho Panza, hombre de bien, pero de poca sal en la mollera. Al que había seducido prometiéndole el gobierno de una insula, a cambio de sus servicios como escudero.



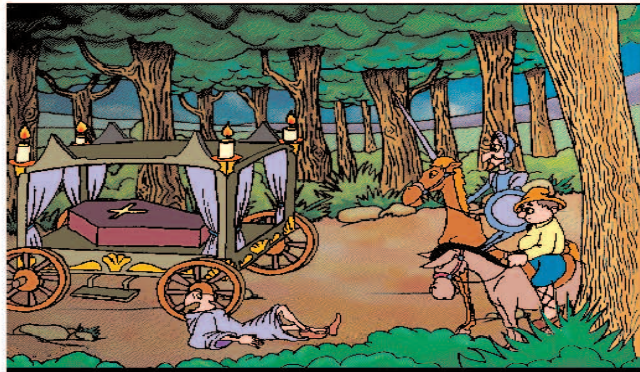
Cabalgando, se toparon con unos molinos. En ellos, Don Quijote creyó ver a gigantes amenazantes.



Don Quijote, ya curado, decide dejar la venta.



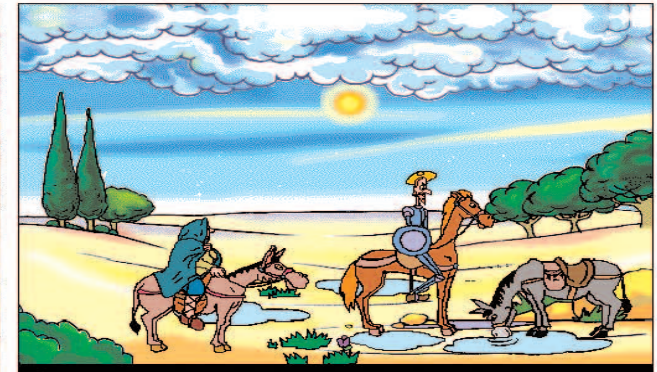
El ventero le exige sus honorarios por el hospedaje. -"Los caballeros andantes no pagan"-, le respondió. Y tras ello, picó espuelas a Rocinante. Pero no contento el ventero, lo paga con el pobre Sancho.



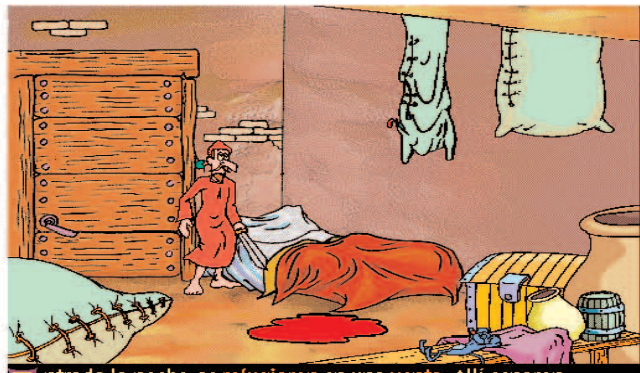
Se recuperó Sancho como pudo, y fue a buscar a su señor. Una vez juntos, se encontraron con una comitiva de encamisados, que custodiaban un féretro.



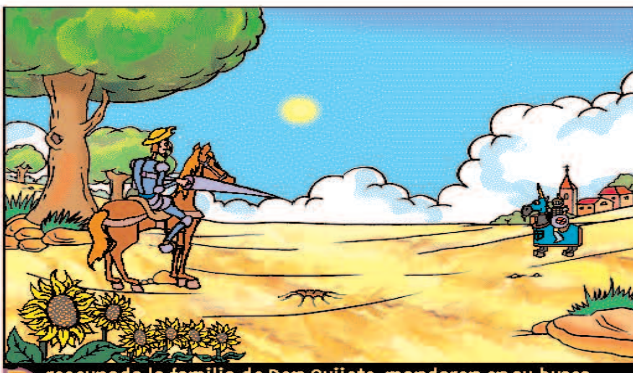
Se cruzó con ellos un barbero. Éste llevaba una bacia sobre la cabeza, para resguardarse de la lluvia.



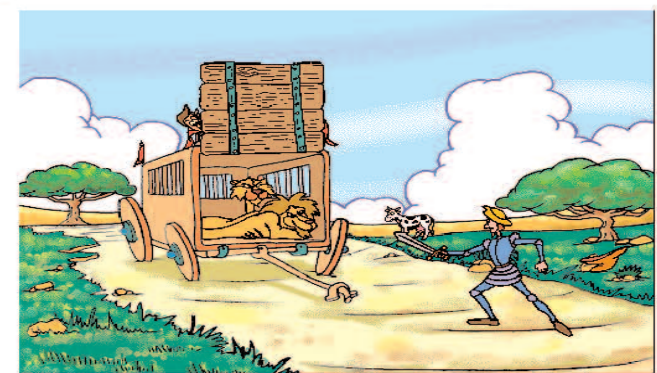
Se cruzó con ellos un barbero. Éste llevaba una bacia sobre la cabeza, para resguardarse de la lluvia. Al verla, Don Quijote...



Entrada la noche, se refugiaron en una venta. Allí cenaron abundantemente y se echaron a dormir. Entre sueños y pesadillas se levantó el hidalgo creyendo estar en el reino de Micomición, luchando con un gigante.



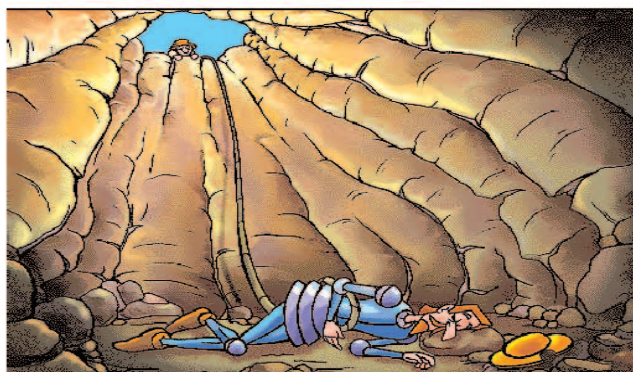
Preocupada la familia de Don Quijote, mandaron en su busca a Sansón Carrasco. Éste, disfrazado del Caballero de los Espejos, intentó seducir al hidalgo para que dejara las armas y volviese junto a los suyos.



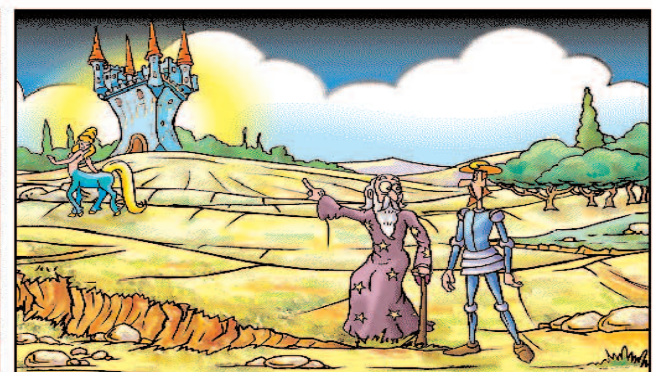
Encontráronse, esta vez, con una carreta en la que viajaban dos leones. Regalo que el General de Orán brindaba a la Corte.



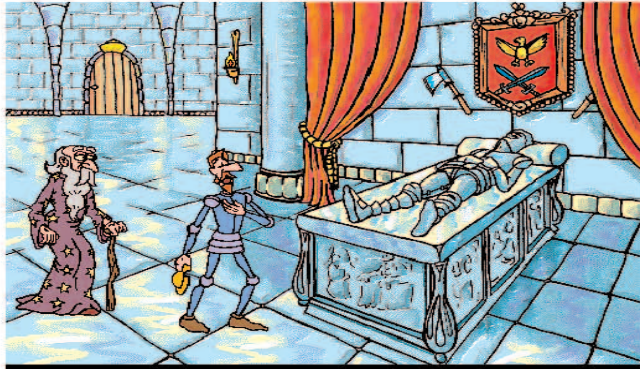
Tanto le habían hablado a Don Quijote de la cueva de Montesinos, que decidió adentrarse en ella.



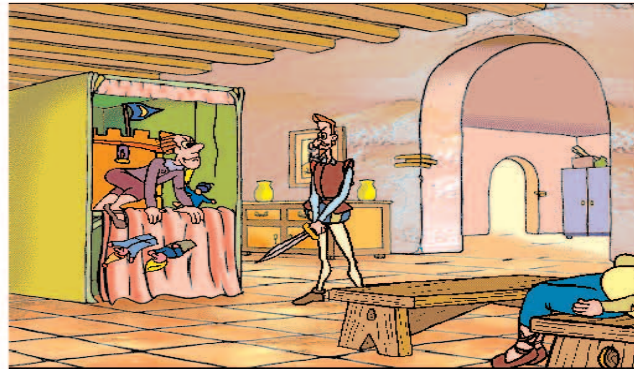
Allí sucumbió en un profundo sueño, del que despertó en mitad de un prado de fantasía.



Junto a él apareció el propio Montesinos, que había sido encantado y obligado a vivir en aquella cueva. Le invitó al palacio de cristal y allí le contó fantásticas aventuras.



Entre ellas, las de Durandarte, que yacía sobre un sepulcro de alabastro, presa de los encantamientos del mago Merlin.



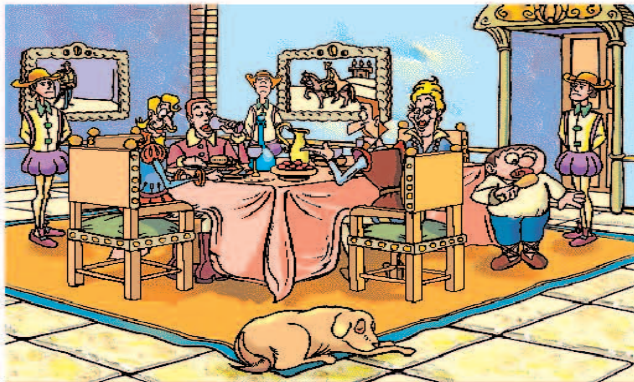
En una venta coincidieron con Maese Pedro, un famoso titiritero, el cual les obsequió con la representación de Melisandra y Don Gaiferos.



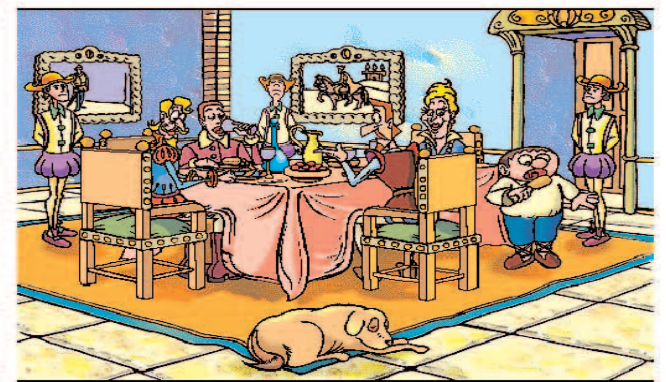
Prosiguieron su camino y llegaron hasta la ribera del famoso Ebro.



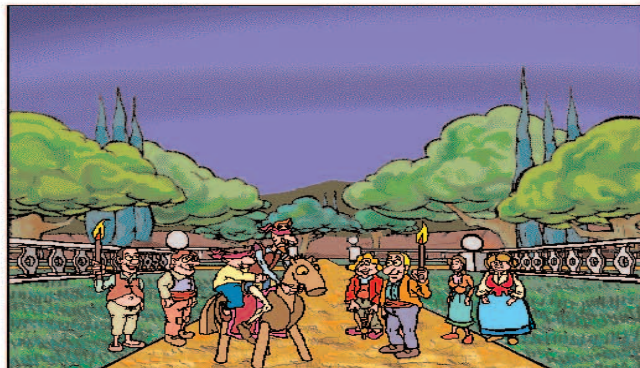
Alì encontraron una barca que les llevaría a una fantástica aventura, pensó Don Quijote. Pero pronto perdieron el control y la corriente los llevó hacia la rueda de un molino. Al verlos, los molineros acudieron en su ayuda.



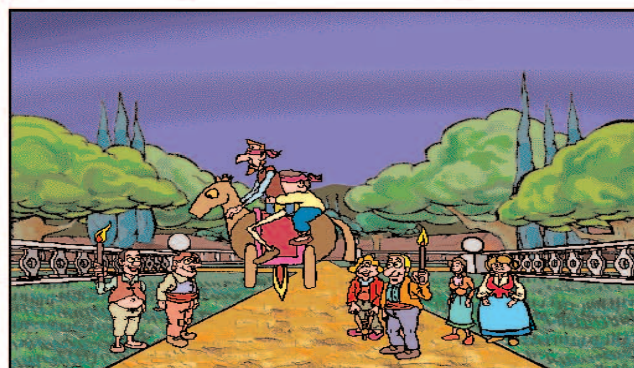
Llegaron al castillo de unos duques, que conocedores de sus aventuras, pensaron burlarse del hidalgo y su escudero.



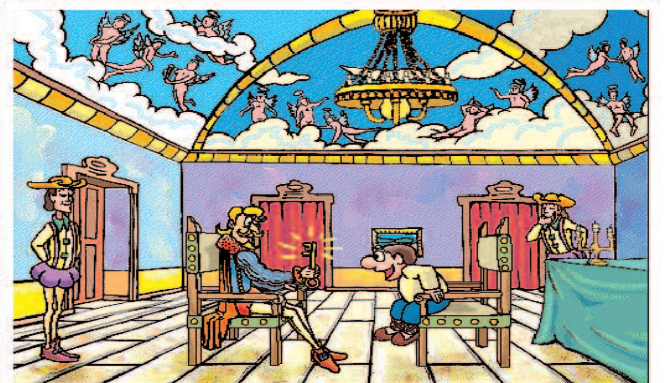
Alì fueron tratados a cuerpo de rey: grandes banquetes y mil y una atenciones. Hasta que comenzó la farsa...



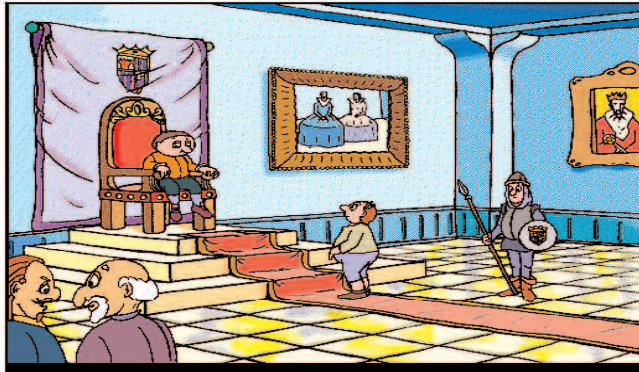
Una mañana apareció la Condesa de Trifaldi, reclamando la ayuda de Don Quijote. Éste debía deshacer el encantamiento que sufría el Reino de Candaya, a manos del gigante Malabrundo.



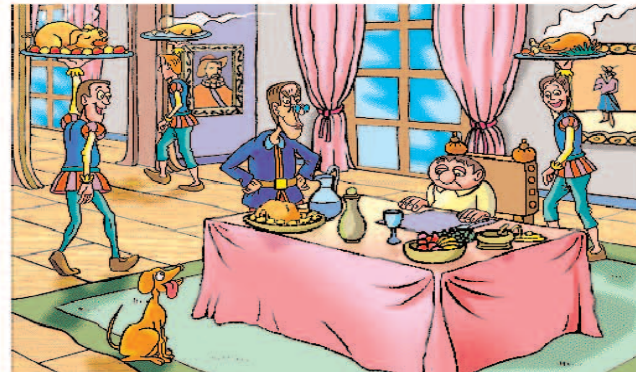
Para ello volaría hasta Candaya en Clavileño, el caballo volador. Con la excusa del vértigo, les vendaron los ojos, y así, no descubrirían la burla.



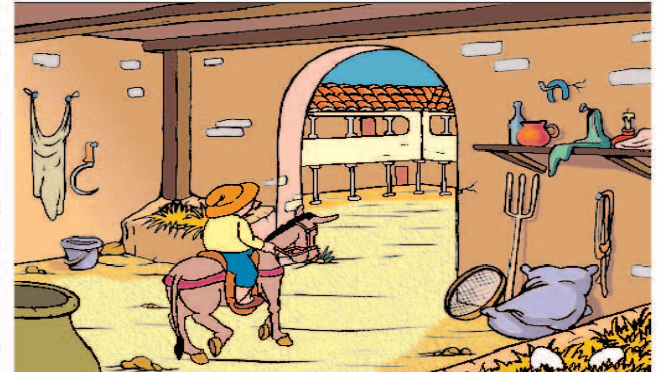
Tras la valiente hazaña, decidió el Duque entregar a Sancho, en nombre de Don Quijote, su deseada insula.



La insula de Baratariá tenía nuevo Gobernador, que administraba justicia de manera salomónica y hacía reinar la paz. Hasta que llegaron noticias de un posible complot y una próxima invasión.



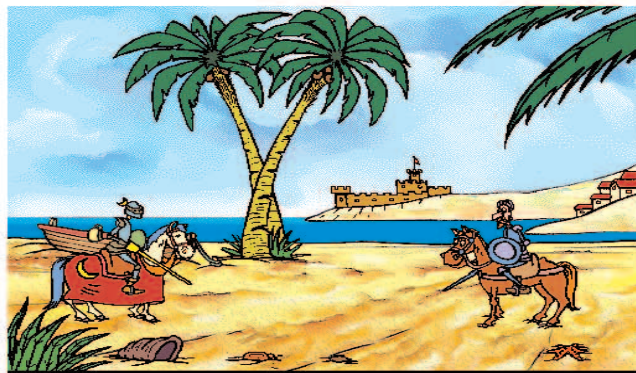
Sancho veía pasar por delante de sus narices deliciosos manjares, sin poderles hincar un diente.



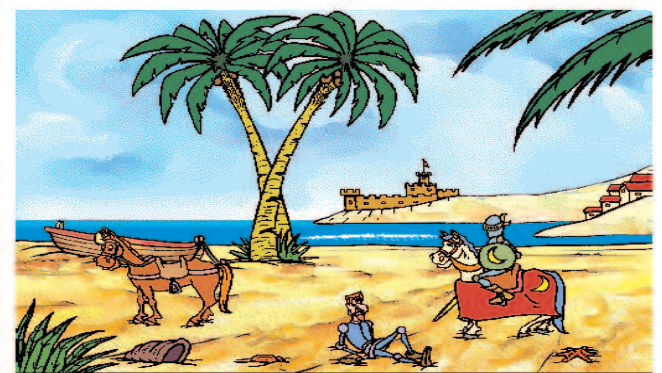
Sancho estaba ya más harto de juzgar pleitos, dirimir contiendas y hacer estatutos que de comer pan y beber vino.



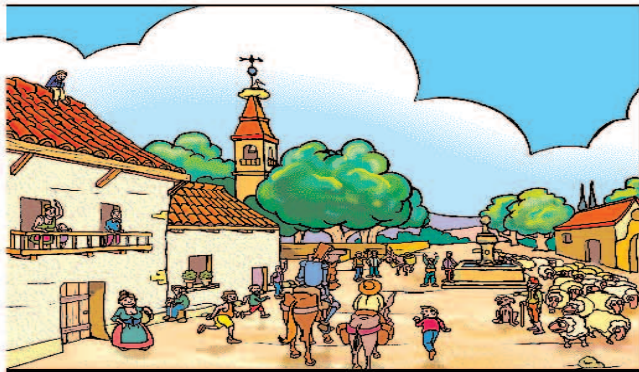
Descansaban felizmente, cuando apareció un jinete a toda prisa. Éste les advirtió que venía una manada de toros bravos, y les pidió por favor, que se apartasen.



Entre aventuras, encantamientos, desafíos y fatigas, consiguieron llegar hasta Barcelona. Allí iba a tener lugar una concentración de caballeros andantes.



Aorillas del mar se cruzaron con el Caballero de la Blanca Luna. No era otro que Sansón Carrasco, que enviado por la sobrina y el ama de Don Quijote, debería obligarle a volver junto a los suyos.



En su pueblo, fueron recibidos como auténticos héroes. Pero eso no fue suficiente para sanar la pena que ahondaba en el alma de Don Quijote.



Poco a poco, la melancolía se fue apoderando de él, llegando hasta enfermar. Había recobrado la cordura y era consciente de que se estaba muriendo.



Y así fue cómo Don Alonso Quijano, aquél, a quien sus costumbres habían dado renombre de Bueno, dejó el mundo terrenal para ir a buscar nuevas aventuras en el cielo, junto a las estrellas.